

La condición de autosuficiencia también se ve rota en comunidades donde la naturaleza se muestra adversa a los cultivos y el pastoreo. Al cernirse la amenaza del hambre estos grupos se ven obligados a emigrar, a entrar en contacto con otras comunidades ya no únicamente para intercambiar productos sino para sustentarse y sobrevivir. La confrontación es inevitable y tampoco se reduce al terreno bélico, pues una pugna intercultural “provocada por las invasiones y las emigraciones facilita la propagación de nuevas ideas, quebrantando la rigidez de las sociedades establecidas” (Childe, 1986, p. 160). La otredad cultural pone a prueba a la rigidez o apertura de una comunidad. El otro puede ser alguien que va a someter o alguien a quien es preciso someter. Este otro bajo la figura del conquistador o el siervo ya no es solidaria de la idea del intercambio, sino la de alguien amenazante o a quien conviene amenazar. En su revisión de las comunidades del mundo contemporáneo Bauman (2015) incide en esta presencia inquietante de un otro donde convergen las condiciones de ajenidad y hostilidad que Freud ya señalaba: “los <<otros>> (entendidos como unos otros extraños, anónimos, sin rostro, con quienes nos cruzamos diariamente de pasada o pululando por nuestras densamente pobladas urbes) son fuentes de las que emana una amenaza vaga y difusa para nosotros, lejos de transmitirnos una sensación de seguridad y protección frente al peligro. Ni esperamos solidaridad alguna de ellos ni despierta en nosotros solidaridad alguna cuando los vemos” (p. 93). Si las personas, otros-extraños, con quienes hay contacto efímero en nuestras travesías cotidianas y urbanas producen angustia más tranquilidad, si con ellas se da la reciprocidad de la falta de solidaridad, ¿qué podría suceder con los extranjeros, anónimos, que amenazan con cruzar nuestro territorio para buscar ingresar a los Estados Unidos? ¿De qué amenaza serían portavoces y portadores? ¿No son una especie de dobles de algunos mexicanos que también buscan año con años emigrar a Estados Unidos?, ¿No se reflejará en esos rostros desconocidos el imperio de la necesidad y de la muerte, el rencuentro intolerable con la experiencia básica de “Hilflosigkeit” (p. 249), desvalimiento, ligada por Freud (1919/2006) a lo ominoso?

La empatía imposible

El narcisismo de las pequeñas diferencias propuesto por Freud (1921/2006b) resulta del violento encuentro con alteridades sumamente próximas o experiencias que hacen tambalear la imagen de absoluta conformidad de un sujeto o una comunidad. Freud (1912/2006) primero sitúa este tipo de vulnerabilidad narcisista en la relación de los varones con las mujeres, ya que estas no corresponden a la imagen corporal viril, como modelo ideal de integración narcisista. Sometidas a esta invalidación narcisista, incomprensibles, ajenas y hostiles, desde este imaginario ideológico, las mujeres no entrarían en la dimensión de equidad y justicia hacia el semejante ni del precepto sagrado del amor prójimo. Un pánico fundamental se expande como miedo a “ser debilitado por la mujer, contagiarse de su feminidad y mostrarse luego incompetente” (Freud, 1912, p. 194). La idea del contagio hace pensar que feminidad es una enfermedad, preferentemente infecciosa, que colocaría a los hombres en una posición de identificación imaginaria con ellas. Esta posición subjetiva se ciñe al atributo de debilidad. El narcisismo de las pequeñas diferencias en este caso trasunta miedo, miedo a establecer con las mujeres este proceso denominado “Einfühlung” (1921/1999a, p. 119), empatía, que fundamenta la posibilidad de comprender al “Ichfremde”, yo extraño, situado en los otros. El narcisismo de las pequeñas diferencias se erige como recusación de la identificación con otro que transmitiría el terrible mal o enfermedad de la debilidad. Este rechazo de la comprensión empática se puede entender aún más si extendemos esta posición subjetiva como “la aptitud de un ser viviente para representarse las representaciones de otro, sus acciones, sus emociones y sus pensamientos” (Cyrułnik, 1995, p. 27). La violencia que pronto aparece en la fundación de civilizaciones responde a esta postura

siameses” (Bauman, 2015, p. 75). La discriminación es común que vaya enlazada con la incriminación. Se discrimina identificando a alguien como poseedor de un “rasgo maldito” (Sibony, 1998, p. 213) y se le incrimina culpándole de acarrear sucesos malditos. Bertrand Russell (1973) sorprende al hablar de “propaganda histórica” (p. 72), aludiendo a toda una campaña informativa para la búsqueda y localización de culpables de desgracias de gran calibre social.

La propagación del mal

Las caravanas de migrantes durante el 2020 tuvieron la particularidad de emprenderse cuando el Covid se cernía sobre México con su poder traumático. El advenimiento de algo inesperado, impensable e imprevisible en su impacto, como ha sido este virus, desbordando competencias de la ciencia médica, se adjunta con la llegada esperada de esta caravana. Lo ominoso de este virus se anudaría a la presencia temida de los vecinos centroamericanos. Lauru (2015) señalaba que el odio al extranjero puede resurgir ante el súbito encuentro con lo real de un peligro inadvertido y Hérítier (1996) señalaba que la histeria política se puede agitar ante una experiencia traumatizante. Dicha propaganda difunde algunas figuras del mal, que se avecina con la llegada de estos inmigrantes en tiempos de pánico ante los peligros de lo real de un virus.

Hemos emprendido un trabajo de lectura de las sinuosidades discursivas de algunas de las redes sociales movilizadas por estos desplazamientos migratorios. Las redes sociales es lo que mejor permite entender la condición misma del lenguaje, al mundo de los símbolos, dice Lacan (1981), capaces de envolver la vida de un ser humano “con una red tan total que reúnen antes de que él venga al mundo a aquellos que van a engendrarlo “por el hueso y por la carne” (p. 268). Es decir, envuelven simbólicamente a los seres humanos, los relacionan y enlazan de alguna manera y hacen que tengan sentido sus actos, las interpretan. Los mismos migrantes participan de estas redes, se envuelven y envuelven a los otros en su tejido discursivo. Por eso también hacemos constar su participación discursiva.

Este grupo migrante de la caravana también se encuentra instado por el miedo emanado de sus condiciones de pobreza y de violencia ante la expansión del crimen organizado en sus comunidades. En nuestro país el crimen organizado ha provocado también esta movilidad, entonces advertimos que mientras el miedo a la violencia de grupos criminales hace a la gente poner distancia con sus comunidades, desplazarse hacia fuera, el miedo al coronavirus ha impulsado a confinarse, en la medida en que el otro puede devenir un elemento hostil siendo capaz de contagiar. Es el terreno propicio para la “sensibilidad de lo paranoico” (Lauru, 2015, p. 128). Esta sensibilidad se puede poner en palabras y hacer con ellas, como señala Lacan (1955-56), un “fichero” (p. 168) que permita advertir su alcance para discernir las figuras del mal que propagan. No nos proponemos que sea un estudio exhaustivo sino demostrativo de ciertas maneras de posicionar un discurso paranoico cuyo asunto, como también lo advierte Lacan (1974-75), es el congelamiento del deseo. Es decir, lo que dice posee un sentido tan contundente y definitivo que cierra todo posible cuestionamiento. El deseo plasmado en este discurso de propaganda paranoica parece destinado a dejarnos congelados porque el mismo parece haberse mantenido en la congeladora. Attendamos a las atribuciones malignas, de rasgos malditos, que supone y difunde esta propaganda de histeria o paranoia política. Tres fichas discursivas son destacadas y se enuncian entendiendo que entre ellas hay infiltraciones temáticas: El migrante que encarna el mal aporta muchos males, denigración del origen y discursos sobre el mal y su expansión.

El migrante que encarna el mal aporta muchos males

El miedo radica no sólo en los contagios que puedan incrementarse con la presencia planteada como abrumadora de los migrantes, sino el hecho de que pueden traer con ellos otras enfermedades, suciedad, inseguridad y desconfianza. Como relata una migrante hondureña:

